EL DISCURSO DE LA OBISPA

125.ª Convención de la Diócesis Episcopal de Massachusetts Occidental
La Rvdma. Miguelina Howell | 7 de noviembre de 2026 | Amherst, Massachusetts

"Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de nuestros corazones delante de ti, Señor, roca nuestra y redentor nuestro".

¡Buenos días, pueblo santo de Dios!

Hace trescientos cincuenta y siete días, esta asamblea se reunió para elegir a su próxima pastora principal. Aquel día, el Espíritu Santo comenzó algo nuevo entre ustedes, en mí y, como he llegado a comprender más profundamente, entre todos nosotros. Llegué a Massachusetts Occidental con gratitud y con una sana conciencia de la magnitud de este llamado. Ustedes me recibieron con generosidad, franqueza, curiosidad y oración. Y hoy, en mi primera convención diocesana como su obispa, quiero que recordemos dónde comenzó este capítulo.

[MOSTRAR VIDEO DE LA ELECCIÓN]

Antes de decir nada sobre presupuestos, edificios, programas, personal o el trabajo que tenemos por delante, quiero que hagamos lo que la Iglesia siempre debe hacer primero: orar. Si se sienten cómodos, les invito a ponerse de pie y, cuando sea apropiado, a tomarse de las manos con quienes están a su lado. Si lo prefieren, pueden permanecer como están. Demos gracias por este camino que comenzó en oración y pidamos la gracia de continuar en oración.

Oremos:

Dios viviente, tú nos has llamado por nuestro nombre y nos has reunido en un solo cuerpo en Jesucristo. Te damos gracias por quienes nos precedieron, por quienes sirven ahora entre nosotros y por las personas de nuestro entorno a quienes nos llamas a amar. Perdónanos cuando el temor limita nuestra imaginación o cuando confundimos la conservación de lo conocido con la fidelidad a tu misión. Danos corazones dispuestos a escuchar, mentes valientes, manos generosas y la humildad para buscar juntos tu voluntad.

Bendice a nuestras congregaciones, al clero, a los líderes laicos, al personal y a todas las personas cuyas vidas son tocadas por nuestros ministerios. Que nuestras decisiones estén arraigadas en la oración, nuestras relaciones en el amor y nuestro testimonio en la esperanza de la resurrección. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Pueden tomar asiento.

La oración no es un preámbulo de la misión

Esta mañana llevo dos cosas muy presentes en el corazón. La primera es el pasaje de los Hechos de los Apóstoles que escuchamos antes y que la Rvda. Jenny Gregg nos ayudará a profundizar mediante la lectio divina más tarde hoy. Es el mismo pasaje que elegí para una presentación durante el retiro de discernimiento con su comité de búsqueda episcopal. Lo elegí entonces porque describía la clase de Iglesia a la que esperaba servir, y vuelvo a él ahora porque describe la clase de Iglesia en la que creo que Dios nos está llamando a convertirnos.

Aquellos primeros seguidores de Jesús se dedicaban a la enseñanza de los apóstoles y a la comunión fraterna, a partir el pan y a las oraciones. Compartían lo que tenían. Atendían a quienes pasaban necesidad. Su vida en común no era una distracción de la misión. Era el lugar donde se formaban para la misión. Antes de poder ser enviados, necesitaban ser nutridos, instruidos, preparados y sostenidos por la presencia de Dios y por los unos y los otros.

La segunda es un consejo que recibí recientemente de alguien a quien amo y admiro profundamente: importa ser una obispa que ora; importa que el pueblo sepa que su obispa ora; e importa llevar a Dios a cada espacio. ¡Lo estoy parafraseando y estoy segura de que él lo dijo con mayor elocuencia! La oración no es algo que hacemos para bendecir una decisión que ya hemos tomado. La oración transforma nuestra manera de escuchar, las preguntas que hacemos, las personas a quienes prestamos atención y, a veces, las decisiones que creíamos evidentes.

Mi ferviente oración es que, en todo lo que hagamos, pastoral, administrativa y públicamente, permanezcamos arraigados en nuestro porqué. Pertenecemos a Dios. Somos hijos e hijas amados de Dios. La Iglesia no existe para mantenerse a sí misma. La Iglesia existe para participar en la misión de Dios de reconciliación, sanación, justicia y amor. Ese es el fundamento de nuestro lema diocesano: «Creciendo en la misión de Dios: ¡ESTAMOS JUNTOS EN ESTO!».

Construir relaciones, aprender a escuchar

He dedicado buena parte de estos primeros meses a conocerlos. Nuestros fines de semana de Bishop on the Go, o BOGO, han sido una parte importante de esa labor. En los Berkshires, el corredor de Worcester y el valle del río Connecticut, me he reunido individualmente con miembros del clero, he compartido comidas con guardianes parroquiales, he disfrutado de veladas y juegos divertidos con el clero y sus cónyuges, he participado en el culto con congregaciones y he escuchado historias que no siempre aparecen en los informes anuales.

He encontrado preocupaciones sinceras, preguntas reflexivas, risas, cansancio, resiliencia y un amor extraordinario por las comunidades a las que sirven.

Estos encuentros no son una gira de apariciones de la obispa. Son una inversión en la confianza. Las relaciones nos dan la capacidad de hablarnos con sinceridad, de discrepar sin alejarnos unos de otros y de discernir juntos cuándo un ministerio querido necesita cambiar. También nos recuerdan que la diócesis no es una oficina en el número 37 de Chestnut Street. La diócesis somos todos nosotros, reunidos y enviados a los lugares donde Dios nos ha plantado.

Las visitas pastorales han sido igualmente formativas. He escuchado a las juntas parroquiales hablar de lo que da vida y de lo que se está volviendo difícil de sostener. He conocido a personas que se preparan para la confirmación y la recepción y que han hablado con conmovedora claridad sobre los momentos en que se encontraron con Dios. Mi primera pregunta a los candidatos es: «Por favor, compartan un momento importante de encuentro con Dios en su vida». He sido testigo de congregaciones que colaboran más allá de los límites habituales y he escuchado un deseo constante de que la diócesis sea una compañera de camino y no simplemente una autoridad a la que se entregan documentos. Estamos aprendiendo las historias de los demás, y eso importa.

Nuestros recursos deben seguir la misión de Dios

En nuestra audiencia presupuestaria y en conversaciones con el Consejo Diocesano y el Comité de Finanzas, he dicho que los presupuestos son documentos teológicos. Cuentan una historia sobre lo que valoramos. El dinero sigue a la misión, y la misión debe orientar cómo administramos el dinero que se nos ha confiado. Nuestro presupuesto propuesto para 2027 es un esfuerzo por hacer visible esa convicción. No pretende afirmar que todas las necesidades estén cubiertas ni nos exime de tomar decisiones financieras difíciles. Es una declaración de rumbo.

Seguimos sosteniendo compromisos importantes que ya han sido confiados a esta diócesis. Building Bridges ha acompañado a veteranos y ha contribuido a crear comunidades de pertenencia y apoyo. La ofrenda eucarística de hoy se destinará a ese ministerio. Les invito a dar generosamente, no porque un programa deba sobrevivir por sí mismo, sino porque las personas a quienes sirve importan profundamente a Dios y a nosotros. Nuestro compromiso con los veteranos continuará mientras el ministerio entra en su siguiente etapa.

Cathedral of the Beloved es otra poderosa expresión de una Iglesia que sale al encuentro de las personas donde están, especialmente de quienes enfrentan inseguridad de vivienda y alimentaria. Como ministerio ecuménico, nos recuerda que la misión de Dios es más amplia que cualquier denominación o congregación. Nuestra colaboración continua es importante, aun mientras aclaramos cómo participará el personal diocesano en esta labor compartida.

También verán una inversión más sólida en el discipulado y las vocaciones. La formación no es un lujo reservado para congregaciones que disponen de tiempo o dinero de sobra. Es

esencial para la vida de la Iglesia. Necesitamos preparar a líderes laicos y ordenados para orar profundamente, interpretar fielmente las Escrituras, afrontar conflictos, practicar la buena administración cristiana, proclamar el Evangelio y reconocer los dones del Espíritu en sí mismos y en los demás. Necesitamos oportunidades para que el clero se renueve, para que los guardianes y las juntas parroquiales lideren con confianza y para que cada persona bautizada discierna cómo Dios la llama al servicio. No podemos pedir a las personas que lideren fielmente y luego dejarlas sin las herramientas o el acompañamiento necesarios.

Esto incluye la labor de discernimiento para el ministerio ordenado. Junto con la Comisión de Ministerio, el Comité Permanente, la presidencia de la Junta de Capellanes Examinadores y los líderes de Loving the Questions y Communities of Discernment, estamos revisando nuestros procesos para que las expectativas, responsabilidades y decisiones sean más claras, transparentes y pastorales. El discernimiento debe ser riguroso sin resultar desconcertante, y brindar apoyo sin prometer un resultado. Espero con alegría dar la bienvenida a la canóniga Amy Bradley, quien comenzará el 1 de diciembre como nuestra canóniga para el Discipulado y las Vocaciones. Su liderazgo ayudará a conectar la formación, la espiritualidad y el discernimiento vocacional en toda nuestra diócesis.

Vitalidad congregacional y valentía para cambiar

Otra prioridad es la vitalidad y revitalización congregacional. Nuestro personal diocesano y nuestros órganos de gobierno se están preparando para entablar conversaciones atentas y proactivas con las congregaciones sobre cómo podría ser un futuro sostenible y lleno de vida. La sostenibilidad financiera importa, pero no es la única medida de vitalidad. También debemos preguntarnos: ¿A quiénes estamos llamados a servir? ¿Quiénes faltan en nuestras mesas? ¿Qué dones tenemos para ofrecer? ¿Dónde está Dios obrando ya en nuestros vecindarios y qué podríamos necesitar dejar atrás para sumarnos a esa obra?

Durante generaciones, muchas congregaciones han entendido sus ministerios principalmente a partir de lo que sucede dentro de sus propios edificios y bajo su propio liderazgo. En ocasiones, hemos actuado como si la misión de Dios dependiera de nuestra capacidad para mantener nuestras instituciones particulares. Sin embargo, la misión siempre ha pertenecido a Dios. La Iglesia existe para participar en esa misión, no para apropiarse de ella.

Hemos contratado a Stewardship Realty para ayudar a las congregaciones a pensar creativamente sobre el uso de sus propiedades. Cuatro iglesias han conversado con la organización y recibido informes que pueden orientar los próximos pasos. Son invitaciones al discernimiento, no instrucciones predeterminadas para vender, alquilar o remodelar. Los edificios pueden ser dones para la misión, pero no son la misión misma. Cuando cambia su uso, debemos preguntarnos cómo los recursos que se nos han confiado pueden seguir sirviendo al pueblo de Dios.

Algunas de nuestras congregaciones están atravesando transiciones, alianzas, fusiones y preguntas difíciles sobre su viabilidad. Quiero decir algo claramente a esas comunidades: el

valor de su ministerio no puede reducirse al número de personas en los bancos ni al saldo de una cuenta. Y el amor tampoco nos exige preservar indefinidamente todas las estructuras conocidas. La esperanza cristiana no consiste en creer que siempre podremos conservar las cosas que amamos. Consiste en la convicción de que el Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos permanece fiel en todas las etapas, incluso cuando algo familiar debe llegar a su fin. Nuestro llamado es acompañarnos mutuamente en esas decisiones con sinceridad, ternura y valentía.

La buena gobernanza es cuidado pastoral

Quizá hayan escuchado la frase: «La claridad es bondad» o «Ser claro es ser amable».

Tal vez también hayan oído que «la buena gobernanza es cuidado pastoral, y una buena administración puede ser cuidado pastoral». Cuando las responsabilidades no están claras, cuando falla la comunicación o cuando los procesos dependen de quién conoce a quién, las personas sufren y la misión se retrasa. La claridad y la rendición de cuentas no son lo contrario de la gracia. Bien practicadas, abren espacio para la gracia.

Hemos celebrado un retiro sobre gobernanza y estamos invirtiendo en la formación continua de los líderes y el personal diocesano. Estamos aclarando funciones, facultades de decisión, políticas y flujos de trabajo. He nombrado un grupo de trabajo para colaborar con nuestro canciller y con la consultora Sally Johnson en la revisión de nuestra constitución y cánones diocesanos, con la intención de presentar propuestas de revisión en la convención del próximo año. También estamos planificando una Escuela para Juntas Parroquiales con un módulo sobre gobernanza. Y sí, su obispa piensa hacer algunas apariciones especiales como maestra. ¡Enseñar es parte de mi llamado y lo disfruto!

Ninguna de estas mejoras técnicas es el objetivo final. No existimos para perfeccionar formularios y diagramas de flujo. Los mejoramos para que se desperdicie menos energía en la confusión y podamos dedicar más energía a lo que importa: proclamar el Evangelio, cuidar a nuestros vecinos y compartir el amor de Dios.

¿Qué pasó en el 37 de Chestnut Street?

Sé que algunos se han preguntado: «¿Qué demonios pasó en el 37?». Hace unas semanas alguien nos preguntó: «¿Se desató el infierno en el 37?». Antes y después de mi consagración, varios colegas de alto nivel discernieron que había llegado el momento de jubilarse o responder a nuevos llamados. Algunas salidas eran esperadas; otras nos sorprendieron. El trabajo simultáneo de despedirnos, contratar, dar la bienvenida y aprender nuevas funciones creó desafíos reales, especialmente en la comunicación y el seguimiento. Sé que algunos de ustedes sintieron esos desafíos. Quiero reconocerlos y agradecerles su paciencia.

Pero también quiero contarles lo que veo ahora:

- Alegría en el 37.
- Risas en el 37.

- Colaboración en el 37.
- Oración en el 37.
- Y un equipo con un profundo deseo de seguir a Jesús y servir a nuestras congregaciones y al clero. ¡Así que tal vez sea más acertado decir que el cielo se desató en el 37! Por eso, querido pueblo santo de Dios, doy gracias.

En primer lugar, doy gracias a Dios por la canóniga Heather Blais, nuestra canóniga del Ordinario y jefa de personal. Heather aporta fe, sabiduría, bondad y un amor inconfundible por el clero y las congregaciones de esta diócesis. Ha sido una compañera de confianza en esta labor y agradezco el espíritu generoso con el que ejerce su ministerio. Heather, gracias.

La canóniga Amy se unirá a nosotros el 1 de diciembre y estoy deseando ver cómo Dios utilizará sus dones y su creatividad para guiarnos a profundizar en nuestro discipulado y nuestra vida espiritual.

También estoy agradecida por Kristina Cincotta, quien ahora sirve como canóniga de Finanzas y Administración, y por Melanie Stone y Lydia Rosado, quienes han asumido nuevas responsabilidades con dedicación y profesionalismo. Delphine Williams continúa aportando sus conocimientos y su servicio fiel. También dimos la bienvenida a Nico Anzelc-Tolian como pasante de Comunicaciones.

Recibimos a Angelica Duque como mi asistente ejecutiva y a Aaron McMurphy como asistente de los canónigos. ¡Son un dúo dinámico!

Nuestros responsables de misión, el Rvdo. Ignacio Solano para el Ministerio Latino y la Rvda. Jenny Gregg para el Liderazgo de Servicio, ahora se reúnen con nosotros los miércoles en la Casa Diocesana para orar y participar en la reunión del personal. Ese sencillo ritmo ya está fortaleciendo nuestro sentido de ministerio compartido.

Las responsabilidades de la reverenda Jenny están evolucionando a medida que su labor con Cathedral of the Beloved se define más claramente como la de enlace y colaboradora episcopal en un ministerio ecuménico. También ayudará a las congregaciones a explorar comunidades de fe al aire libre y ministerios junto a vecinos que enfrentan inseguridad de vivienda y alimentaria, al tiempo que apoya la formación diocesana y la práctica espiritual.

A partir de 2027, Building Bridges pasará a formar parte de las responsabilidades de Jenny. Quiero expresar mi profunda gratitud al Rvdo. Chris Carlyle por su liderazgo de ese ministerio y por su disposición a acompañar a Jenny durante la transición de enero a junio. Chris, tu ministerio entre los veteranos ha sido un regalo. Y Jenny, nuestra querida «Reina de las Preguntas», seguirá ayudando a dirigir Loving the Questions mientras profundizamos nuestra cultura de discernimiento.

El presupuesto propuesto también incluye un nuevo puesto diocesano dedicado a propiedades e instalaciones, pensado para ofrecer apoyo práctico a las congregaciones que afrontan proyectos de construcción, subvenciones, evaluaciones energéticas y decisiones relacionadas

con sus inmuebles. Esta es otra forma de hacer concreta la colaboración diocesana. Nuestro personal no existe para ser el centro de la vida diocesana, sino para preparar y acompañar a quienes llevan a cabo la misión de Dios en cada comunidad.

Nuestro testimonio público en una nación dividida

No podemos hablar de la misión de Dios sin hablar del mundo en el que estamos llamados a servir. Vivimos en una nación marcada por una profunda polarización, el temor y una inquietante disposición a tratar a nuestros vecinos como enemigos. Con demasiada frecuencia, los debates sobre inmigración hablan de las personas como problemas y no como seres humanos con nombres, familias, historias y esperanzas. El lenguaje del desprecio se ha vuelto común. Para los cristianos, esto no es simplemente una cuestión de preferencia política. Es una cuestión de cómo honramos la imagen de Dios en cada persona y cómo vivimos las promesas de nuestro Pacto Bautismal.

La Iglesia no está llamada a ser una extensión de un partido político. Tampoco está llamada a guardar silencio cuando se amenaza la dignidad humana. Podemos abordar los asuntos públicos con convicción y humildad, resistir la deshumanización, proteger a nuestros vecinos vulnerables y rechazar la falsa disyuntiva entre decir la verdad y amar a quienes discrepan de nosotros. Nuestro testimonio debe estar arraigado en el Evangelio, no en la indignación por la indignación misma.

He invitado al Rvdo. Steven Wilco, quien nos sirvió fielmente como canónigo interino del Ordinario, a asesorar a nuestra Comisión de Justicia Social y a sus coordinadores mientras disciernen un marco más coherente para la participación diocesana. He alentado un enfoque de tres componentes:

- Incidencia pública.
- Formación.
- Testimonio.

La incidencia pública nos ayuda a responder a las políticas y los sistemas que afectan a nuestros vecinos. La formación nos ayuda a fundamentar nuestras respuestas en las Escrituras, la teología y las enseñanzas de la Iglesia. El testimonio nos ayuda a encarnar públicamente el amor y la justicia que proclamamos. Mi esperanza es que esta labor conduzca a un plan estratégico reflexivo, elaborado con la participación de la diócesis, en lugar de una serie de reacciones desconectadas.

Señales de la misión de Dios que ya están entre nosotros

Y esto es lo que me llena de esperanza: he visto señales de este Evangelio en acción por todo Massachusetts Occidental. En la Iglesia del Buen Pastor de Clinton, escuché acerca de la decisión de dejar atrás un banco de pañales para que el ministerio pudiera continuar de otra manera. Piensen en la libertad que hay en esa decisión.

La congregación no estaba tan aferrada a ser dueña de un programa que olvidara a las familias a las que estaba destinado a servir. Esa es una comunidad que recuerda su porqué.

En St. John's de Ashfield, me ha impresionado el compromiso de mantener abiertas las puertas de la iglesia, dando la bienvenida a las personas más allá del horario de culto dominical. Nos recuerda que la hospitalidad no es simplemente un anuncio en un letrero. Es una actitud hacia la comunidad, expresada en decisiones reales sobre cómo usamos nuestros espacios.

En la Catedral de Christ Church en Springfield, he conocido la acogida que reciben los vecinos mediante el ministerio de puertas abiertas, los estudiantes de barbería que ofrecen cortes de cabello, las personas que ayudan a otras a inscribirse para votar y la distribución de abrigos, tiendas de campaña y otros artículos esenciales a quienes los necesitan. No son ejemplos abstractos de servicio comunitario. Son encuentros en los que se reconoce la dignidad humana y el amor práctico se hace visible.

Pienso también en el notable testimonio de la Iglesia Episcopal de St. John's en Northampton, que abrió sus puertas el invierno pasado para ofrecer refugio y calor a vecinos sin hogar durante un período de frío peligroso. Cuando bajaron las temperaturas y se hizo urgente la necesidad de un lugar seguro, esta congregación respondió con compasión y hospitalidad. Su edificio se convirtió en algo más que un lugar de culto. Se convirtió en un refugio, una expresión tangible del amor de Dios y de su cuidado por las personas más vulnerables entre nosotros.

Lo que me conmueve de este ministerio es que St. John's reconoció que el carácter sagrado de su edificio no reside simplemente en su arquitectura, su historia o incluso en la belleza de su culto, sino también en su capacidad de servir al pueblo de Dios. Comprendieron algo esencial de nuestro llamado como seguidores de Jesús: a veces, lo más fiel que podemos hacer es simplemente abrir las puertas.

He sido testigo de congregaciones que exploran alianzas más estrechas, incluida la relación que se está desarrollando entre St. Luke's en Worcester y Christ Church en Rochdale, cuya fusión será presentada ante esta convención para convertirse en Hope Episcopal Church. El nombre es un regalo y una historia para compartir con todos nosotros.

He visto congregaciones reunirse más allá de sus límites parroquiales para el culto y las confirmaciones, como hicieron St. Mark's en East Longmeadow y Atonement en Westfield durante nuestro fin de semana BOGO en el valle del río Connecticut.

He visto a miembros del clero de parroquias grandes brindar apoyo pastoral a congregaciones sin clero. ¡Gracias, padre Eddie! ¡Padre Jim!

He escuchado las esperanzas de congregaciones pequeñas y la sabiduría de personas que han servido fielmente durante décadas. Una y otra vez, ustedes me han mostrado que el Espíritu no está esperando a que inventemos la misión de Dios. Dios ya está obrando, y se nos invita a reconocerlo y sumarnos.

No todas las historias son sencillas. No todos los ministerios están floreciendo. Hay dolor en algunas de nuestras congregaciones y nos esperan decisiones difíciles. Pero también hay una fidelidad extraordinaria. Nuestra tarea es decir la verdad sobre ambas realidades, sin permitir que la ansiedad tenga la última palabra.

Confíen en que Dios está con nosotros.

Durante la reunión de otoño de la Cámara de Obispos, un grupo de nosotros se reunió para la oración contemplativa. La persona que guiaba nuestro tiempo leyó varias veces un pasaje del Libro de la oscuridad y la luz de Meister Eckhart. Esas palabras han quedado, de algún modo, grabadas en mi corazón. Me ofrecieron valentía y esperanza, tanto personalmente como al reflexionar sobre la vida de la Iglesia y las incertidumbres que enfrentamos.

Quisiera compartir hoy ese pasaje con ustedes, confiando en que pueda ofrecerles algo del mismo aliento que me ofreció a mí.

«Quién eres: Esto es sencillo y no lo es: entrégale todo a Dios. Dios hará con ello, y contigo, lo que es perfecto y verdadero. Pero no puedes ni debes angustiarte por los resultados. Dios hará lo que Dios quiera con la nada de tu todo. Confía en esto; lo demás vendrá por añadidura».

Porque aun mientras navegamos la incertidumbre, podemos aferrarnos a la certeza de que estamos juntos en esto y, más importante aún, de que Dios está con nosotros, acompañándonos, sosteniéndonos e invitándonos a confiar en su presencia y fidelidad.

Un regalo de gratitud

Antes de concluir, quiero hacer una entrega especial. Tal vez esto no se convierta en una tradición anual de la convención, pero hay momentos en los que la gratitud merece una señal tangible.

La cruz es un signo del amor de Dios, y esta diócesis ha experimentado ese amor a través del liderazgo fiel del Rvdo. Rich Simpson, quien sirvió como canónigo del Ordinario durante el episcopado de nuestro querido obispo Doug Fisher.

Rich, o «tío Rich», como lo llamó una vez un sacerdote con unos lentes particularmente memorables, ha ofrecido años de cuidado, sabiduría, presencia y liderazgo fiel a nuestro clero y nuestras congregaciones. Conoce profundamente esta diócesis. Y debo confesar que también fue él quien me envió el perfil diocesano y me invitó a orar sobre este llamado. Así que, Rich, ¡tienes al menos parte de la responsabilidad de que hoy esté aquí!

Hablando más en serio, Rich prometió seguir disponible como compañero durante esta transición, y cumplió su promesa. En los últimos meses ha asesorado a mi oficina y, junto con la canóniga Heather, ha ayudado a dirigir el Grupo de Trabajo de Incorporación. Ahora que ese grupo concluye su labor en esta convención, agradezco la sinceridad, la perspicacia y el cuidado que ha aportado. Su trabajo nos ha ayudado a comprender con mayor claridad nuestra cultura diocesana, incluidas las cosas que valoramos y las que necesitamos abordar.

La labor de consultoría de Rich está llegando a su fin, pero la amistad y el ministerio compartido continúan. Después de todo, Worcester no queda tan lejos.

Rich, ¿podrías pasar al frente? En nombre de esta diócesis, y con mi gratitud personal, te ofrezco esta cruz como signo de nuestro afecto y agradecimiento por tu ministerio entre nosotros. Que te recuerde que el amor que has compartido aquí sigue dando fruto.

Creciendo juntos en la misión de Dios

Querido pueblo santo de Dios, cuando miro hacia atrás a estos meses, veo a una obispa que ha sido recibida en una comunidad extraordinaria y a quien se le ha confiado la sagrada labor de escuchar, orar, enseñar, liderar y amar. He aprendido de su fidelidad. Me ha conmovido su generosidad. También he escuchado sus preocupaciones y sé que la confianza se construye mediante lo que hacemos, no simplemente mediante lo que decimos.

Amo esta diócesis. Amo a las personas que he conocido en nuestras iglesias, en los salones parroquiales, alrededor de las mesas y en conversaciones que a veces han sido alegres y otras veces difíciles. Amo la seriedad con la que tantos de ustedes asumen sus promesas bautismales. Y estoy profundamente agradecida de que Dios nos haya llamado juntos a este ministerio.

El próximo capítulo nos exigirá mucho. Nos pedirá orar antes de planificar, escuchar antes de suponer, ser sinceros acerca de nuestros recursos, formar líderes con intención, cuidar valientemente a nuestros vecinos y sostener con las manos abiertas nuestras queridas instituciones. Nos pedirá confiar en que la misión de Dios es más grande que cualquier congregación, cualquier obispo, cualquier comité o cualquier generación.

Volvamos, pues, a la Iglesia primitiva de los Hechos: dedicada a la enseñanza y a la comunión fraterna, a partir el pan y a las oraciones; atenta a las necesidades; generosa de espíritu; viva a la presencia de Dios. Seamos un pueblo que lleve a Dios a cada espacio, que recuerde a quién pertenecemos y que se pregunte una y otra vez, no simplemente «¿Cómo seguimos haciendo lo que siempre hemos hecho?», sino «¿Qué nos está invitando Dios a hacer ahora?».

Gracias por su confianza, sus oraciones, su paciencia, su sentido del humor y su amor. Es un honor ser su obispa. Y, por la gracia de Dios, seguiremos creciendo en la misión de Dios. ¡ESTAMOS JUNTOS EN ESTO! Amén.